

La postulación del Hermano Gárate

por **Dionisio Aranzadi, S.J.**

*Mesa redonda celebrada
el 23 de octubre de 2007*

Forum Deusto

La postulación del Hermano Gárate

Dionisio Aranzadi, S.J.*

Arratsalde on, buenas tardes. Yo vengo aquí para presentar al autor y al libro que muchos tienen ya en sus manos. Del Hermano Gárate va a hablar fundamentalmente el Padre Ruiz de Galarreta, pero veo que me han sentado a mí en el centro. Supongo que será porque hace poco he sido nombrado Vicepostulador de la Causa de la Canonización del Beato Gárate. En la Iglesia para promover las canonizaciones las distintas órdenes tienen un Postulador general en Roma; y luego, en cada provincia, para cada Santo, hay un Vicepostulador. Hace un año me nombraron Vicepostulador para la canonización del Hermano Gárate y ésta es la razón de mi presencia aquí y lo que yo voy a explicar es cómo encaja mi intervención de esta tarde precisamente en este contexto de la postulación de la canonización del Beato Gárate.

Como sabéis estamos celebrando los 150 años del nacimiento del Beato Gárate y los 100 del Padre Arrupe y, con esta ocasión, estamos llevando a cabo algunas actividades para recordar algunas facetas de sus vidas.

Sabéis que las Instituciones, también civiles, recuerdan a sus fundadores —por ejemplo hace poco nos han puesto en el jardín de La Comercial los nombres de sus fundadores— y en general a personas importantes, para alimentar el espíritu y el alma de la institución. En las Instituciones Religiosas buscamos, además, imitarles en el seguimiento y en el ejemplo, y en el caso cristiano, la Iglesia nos pone como mode-

* *DIONISIO ARANZADI, S.J.*, es Catedrático Emérito de la Universidad de Deusto. Ordenado sacerdote en Dublín en 1962. Es licenciado en Teología por Miltown Park, Dublín, y Doctor en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid. Fue Director del Instituto de Ciencias Sociales entre 1966 y 1975. Fue además fundador y Decano de la Facultad de Sociología, Rector de la Universidad de Deusto entre 1977 y 1986 y, de 1988 a 1999, Vicerrector del Campus de San Sebastián. Hasta el año 2000 ha sido Director del Colegio Mayor Deusto.

los a los Santos, aquellos que se han distinguido por la ejemplaridad de su vida.

La Iglesia ha asumido a través de la historia su obligación de garantizar ante sus fieles la legitimidad de la veneración de los Santos en general y de cada Santo en particular. Ante todo está Dios y parecería que los Santos estorban; y la Iglesia ha querido legitimar su veneración. Además, está el tema difícil de los trámites que hay que llevar a cabo, que son bastante laboriosos, para legitimar la veneración de un Santo determinado.

Desde los primeros años del Cristianismo empezó el culto a los Santos, sobre todo a los mártires y posteriormente a aquellos que se distinguieron por sus virtudes. Desde los primeros siglos hubo algunas disposiciones de algún Concilio, el de Nicea por ejemplo, sobre las canonizaciones, pero fue sobre todo a partir del siglo xvii por un Decreto del Papa Urbano en 1634, que se estableció un proceso detallado canónico de regulaciones hasta el primer derecho canónico en el siglo xx, en el que se recogieron las normas más importantes y con ellas se ha trabajado hasta casi el Concilio o un poco más tarde.

En estos tiempos, hemos tenido la impresión de que el Papa Juan Pablo II incrementó grandemente el número de canonizaciones y beatificaciones. Con todo, al preparar estas palabras, me he encontrado con que a mitad del siglo xx o más tarde, se decía que el Pontificado de Pío XII se había distinguido por la aceleración prodigiosa de beatificaciones. Creíamos que había sido Juan Pablo II y el que hasta entonces se llevaba la palma era Pío XII; no obstante este hecho, la fama y la realidad del proceso han sido muy largas, es decir, sí que ha habido muchas pero había peticiones de que de alguna manera se aligerara el proceso, porque éste era un proceso muy largo y muy difícil, muy lento.

Durante el Concilio Vaticano II se planteó la necesidad de agilizar los procedimientos para la tramitación de causas de los Santos, así como subrayar el significado pastoral de las causas de beatificación y canonización. Pablo VI después del Concilio inició la reforma y Juan Pablo II la desarrolló en 1983 con la Constitución Apostólica *Divinus Perfectionis Magister*. Dicho documento, claramente simplifica las normas salvaguardando la solidez de las investigaciones, por ejemplo, antes hacían falta dos milagros y ahora basta un milagro para la canonización de un beato. Nos falta, pues, un milagro para la canonización del Beato Gárate.

El proceso se inicia, a nivel de Diócesis, con la actuación del Obispo, sea con los análisis de los milagros atribuidos, el examen de las virtudes

y eventualmente del martirio, es decir que son dos capítulos los que se analizan, las virtudes del presunto Santo y luego hacen falta milagros y hay que aprobar esos milagros, son los dos aspectos: primero a nivel de Diócesis y luego a nivel de Roma. En Roma hay una Sagrada Congregación para las causas de los Santos, aconsejando a los obispos en el proceso de las causas, analizándolas más profundamente y dando un juicio; entorno a esa Congregación hay un colegio de relatores que prepara todos los documentos relacionados con las virtudes y los milagros; un promotor de la fe; un abogado del diablo como se decía antes o prelado teólogo que preside el consejo de teólogos y un consejo de especialistas en medicina.

En el proceso del Hermano Gárate, la parte diocesana terminó en el año 1953, ya hace bastante tiempo. El proceso romano terminó en 1982 con la promulgación del Decreto de la heroicidad de las virtudes del Hermano Gárate. En 1985 el Papa Juan Pablo II promulgó el Decreto probatorio del milagro atribuido al Hermano Gárate. El 6 de octubre de 1985 el Papa Juan Pablo II beatificó al Hermano Francisco Gárate en la Basílica de San Pedro de Roma. El único paso que queda para la canonización del Beato Gárate es la existencia y aprobación por el Papa de un milagro atribuido a su mediación o intercesión.

El milagro es obra de Dios, suele ser una curación no explicable por la ciencia, de ahí la existencia de un consejo de médicos que determina que dicha curación o aparente milagro no tiene explicación desde la ciencia médica. También ha de quedar claro que dicha intervención divina se ha dado por los ruegos y reliquias aplicadas del siervo de Dios o beato lo que presupone el conocimiento y devoción de la persona venerable por el pueblo. Con esto quiero decir en parte que la gente le pida, se le tenga devoción, se le solicite un milagro porque de la nada, si nadie pide, no va a venir el milagro, pedid y recibiréis, y por lo tanto, todos los Beatos que van pasando, menos los mártires, ya que no se les exige el milagro, tienen que pasar ese trámite, y ese trámite es un milagro, es decir, algo no explicable por la ciencia.

A pesar del oficio humilde del Hermano Gárate, la fama de su persona y santidad se extendió mucho durante los primeros tiempos, fue tal vez porque El Mensajero que tenía su Sede en la Universidad propagó su figura. El Mensajero tenía unas revistas y muchos libros y de hecho el primer vicepostulador fue padre jesuita de El Mensajero, y entonces, aprovecharon la ocasión para extender, de manera que, sobre todo en los primeros tiempos, se había extendido mucho y a sitios raros, lejanos, la devoción al Hermano Gárate. También quizá la Universidad, cuyos alumnos, aunque

no eran muchos en número, eran de todas las regiones de España, permitió la extensión de su fama.

Con ocasión de los 50 años de la muerte del Hermano Gárate, el Padre Arrupe escribía: «Cabe preguntarse si una conmemoración del Hermano Gárate debía ser algo más que la mera evocación de una estampa del tiempo antiguo, un retrato de antaño, ciertamente representativo en aquel entonces pero anacrónico e inexpresivo para nuestro tiempo». El Padre Arrupe dice que no. Nosotros hemos tenido el deseo de que, a lo mejor esta imagen anticuada del Hermano Gárate, se actualice y por eso estamos llevando a cabo algunas actividades. Una de ellas una nueva publicación de su vida con la idea de que sea en un lenguaje más moderno y con un planteamiento más de hoy, porque la historia es un poco antigua, pero el lenguaje le hemos pedido al Padre Galarreta, que a pesar de sus canas es moderno y actual y un escritor muy metido en la escritura religiosa, que no sólo tuviera la ponencia, sino que nos dejara un recuerdo con un libro.¹ Confiemos en que el conocimiento que vayamos adquiriendo y la devoción que vayamos teniendo haga surgir el milagro y veamos pronto canonizado al Beato Gárate.

Muchas gracias.

¹ He aquí la cita del libro: JOSÉ ENRIQUE RUIZ DE GALARRETA, S.J.: *Grande en lo pequeño. El hermano Gárate*, Ediciones Mensajero.

Una semblanza del Hermano Gárate

por José Enrique Ruiz de Galarreta, S.J.

*Mesa redonda celebrada
el 23 de octubre de 2007*

Forum Deusto

Una semblanza del Hermano Gárate

José Enrique Ruiz de Galarreta, S.J.¹

Estamos viviendo dos años de celebración de aniversarios. Aniversarios de dos clases: los espectaculares y los silenciosos.

2006: Francisco de Javier, el misionero espectacular, Ignacio de Loyola el fundador / Pedro Fabro, el casi desconocido.

2007: Pedro Arrupe, el General que se atrevió a aplicar el Concilio y Francisco Gárate, el portero.

Estatus y escenarios: el castillo de Javier, la estirpe nobiliaria / la aldea saboyana, familia de pastores. El médico bilbaíno, General de la Compañía / el casherito, hermano lego.

Al talante de los homenajeados corresponden también los edificios conmemorativos: la espléndida basílica de mármol / el caserío, tan discreto como en tiempos de Praixku.

Hasta el programa de actos desarrollado en estos meses: cinco conferencias para Arrupe / una para Gárate.

Y los conferenciantes: para Arrupe, Kolvenbach, Lamet, Figueredo, Iglesias, Alcalá... primeros espadas. Para Gárate, yo que no soy nadie. María, ejemplar secretaria, se ha visto en dificultades con motivo de mi currículum: ¿Qué pongo en su currículum? Pues nada, porque no hay nada que poner. Así que creo conveniente justificar que esté yo aquí, en este prestigioso foro.

* *JOSÉ ENRIQUE RUIZ DE GALARRETA*, S.J. es biógrafo del Hermano Gárate. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1954, cursando sus estudios en los lugares habituales (Loyola-Veruela-Oña-Deusto). Ordenado sacerdote en 1967. Trabaja en la educación en los colegios de Tudela, Durango, San Sebastián y Pamplona. Jubilado de este trabajo el año 1996 se dedica a la pastoral de adultos, conferencias, cursos, charlas. Dedicó especial atención a los Sinópticos y, dentro de ellos, a las Parábolas, sobre las que acaba de publicar un libro en la Ed. Verbo Divino. Es autor, además, de una docena de libros de divulgación religiosa, entre ellos una Biografía crítica de Francisco de Javier.

Con vistas a la celebración del 150.º aniversario del nacimiento de Francisco Gárate, tanto el Padre Dionisio Aranzadi, Postulador de su causa de canonización, como el Padre Ángel Pérez Gómez, director de El Mensajero, consideraron oportuna la publicación de una nueva biografía del Hermano Gárate y pensaron en mí, muy posiblemente, creo, porque otras personas mucho más cualificadas no podrían aceptar el encargo, por la premura del tiempo disponible y por estar ocupadas en asuntos de mayor trascendencia. Me pareció obligado aceptar, muy especialmente por mi personal devoción y admiración por Francisco Gárate.

Hecha esta aceptación me encontré con una considerable dificultad y un estupendo descubrimiento. La dificultad radicaba en el tema mismo. ¿De dónde sacar doscientas páginas para contar que una persona había cuidado muy bien de la portería de Deusto? El descubrimiento consistió en que Ignacio Echániz y Jesús Iturrioz habían hecho ya el trabajo oscuro de la investigación, y ofrecido, en dos libritos modestos pero estupendamente documentados, todo lo significativo sobre la vida del Hermano, incluyendo los datos de su proceso de beatificación e innumerables testimonios personales de quienes trataron con él. Disponía, por tanto, de materiales abundantes y fidedignos y mi trabajo quedaba reducido a la redacción, aprovechando, quizá descaradamente, el trabajo de investigación ya realizado.

Por otra parte, Gárate vivió entre 1857 y 1929, tiempos tumultuosos, plagados de convulsiones sociales, de alternancias de gobiernos liberales y conservadores, que acarrearán automáticamente sucesivas expulsiones y readmisiones de la Compañía, con el consiguiente abandono y recuperación de residencias, exilios, y, paradójicamente, nuevas y potentes fundaciones por parte de la Compañía. Como ejemplos de semejantes agitaciones: Gárate fue testigo del cierre de Loyola (sus ojos adolescentes fueron sin duda testigos el 23 de octubre de 1868 de la salida de la basílica de Loyola de la magnífica estatua de plata, donación de la guipuzcoana sociedad de Caracas), sirvió como ayudante o criadito en el colegio de Orduña, fundado y entregado a la Compañía por el ayuntamiento carlista de Orduña en plena expulsión de los jesuitas de España; tuvo que hacer el noviciado en Francia, en Poyanne, donde pasaban su exilio los jesuitas en formación, sirvió en el colegio de Laguardia (Pontevedra) donde el prodigioso padre Tomás Gómez se sacó de la manga una institución que sería madre del colegio de Vigo, la universidad de Comillas y esta misma universidad de Deusto, y vivió aquí en Deusto, desde 1888 a 1929, años en que coinciden una formidable expansión industrial y económica de la ciudad con agitaciones sociales violentas y permanentes.

Así que se me ofrecía también la oportunidad de situar al personaje en su época y circunstancias, para lo cual he contado con la preciosa aportación de Manuel Revuelta, que en su Historia de la Compañía de estos siglos ofrece un inigualable cuadro de las aventuras y desventuras de la Compañía en la segunda mitad del siglo XIX.

Todo ello ha convertido mi labor en la de un cocinero, encargado de guisar los productos ofrecidos por otros, a quienes debo tributar aquí el testimonio de agradecimiento que tanto merecen, y me convierte también en una persona bastante bien informada sobre Francisco Gárate.

Quizá deberíamos ahora hacer una semblanza de su vida, pero estimo que, dada su sencillez, todo el mundo la conoce, así que me limitaré a recordar muy brevemente las etapas principales.

Praixku Gárate nace en Loyola, en el caserío de Errekarte, el 2 de febrero de 1857 (por eso le llamaron Blas Francisco María) de padres labradores de numerosa prole. En 1871 va al colegio de Orduña como criadito (más tarde se cambió el nombre por el de «ayudantes»). Aunque a nosotros nos resulta algo extraña esta situación, en la época era beneficiosa para todos: las familias numerosas y pobres colocaban a sus hijos en un lugar de toda confianza, se ahorraban su manutención y le ofrecían una modesta formación en algún oficio, que le permitiría salir adelante. Los religiosos se aprovechaban a cambio de su trabajo y en algunas ocasiones captaban entre ellos vocaciones para hermanos coadjutores. Le acompaña su amigo de toda la vida, Joshe Inashio Bereciartúa, del caserío Katalangua, también a la sombra del Santuario de Loyola. Sus vidas discurrirán paralelas: juntos harán el noviciado y recibirán destinos a las mismas casas durante toda su vida.

Ingresa en la Compañía en 1874 y realiza como hemos dicho su noviciado en Poyanne. Terminado el noviciado es destinado al colegio de Laguardia, donde trabaja como enfermero, y en 1888 viene destinado a la universidad de Deusto, donde trabaja fundamentalmente como portero, hasta su muerte en 1929.

Dicho esto, permítanme confesarles que la aproximación a Francisco Gárate ha tenido para mí un efecto semejante al que produce el encuentro con las parábolas de Jesús, aparentemente tan simples y sin embargo tan profundas, tan necesarias, tan impactantes. Quizá la imagen evangélica más apropiada para definir a Francisco. Gárate sea la escena de la viuda en el templo, que echa, discretamente, en el arca de bronce del gazofilacio, donde los ricos volcaban con estruendo sus bol-

sas repletas de monedas de plata, dos céntimos de cobre, ridículos entre tanta riqueza, silenciosos entre tantísimo estrépito. Me gustaría que este centenario significase lo mismo que la reacción de Jesús en aquel momento, cuando reunió a prisa a los discípulos y enfatizó que aquella pobrecilla era lo más importante del templo en aquel momento.

Porque creo que me permitirán afirmar que lo más importante que sucedió en la floreciente universidad de Deusto, desde 1888 a 1929, fue Francisco Gárate, tan desapercibido como la viuda del templo, tan aparentemente insignificante como la parábola de la levadura o de la sal. Cuarenta y un años consumidos en la excelencia del servicio, movida por la íntima y gozosa unión con Dios. Con estos dos rasgos queda definido Gárate. No hizo nada más, ni nada menos.

La excelencia en el servicio fue lo que vieron todos, por más miopes que sus ojos fueran. Gárate, flaco y ágil, rápido y preciso, silencioso y sonriente, fue ante todo eficaz, con la eficacia del que goza de la perfección y del detalle. Gárate llega a todo, está siempre donde debe estar, atiende siempre a lo que hay que atender. Hoy le daríamos un certificado europeo de calidad. Pero esto no es todo. La calidad puede ir vestida de suficiencia y de sequedad. Gárate la vistió de sencilla naturalidad y de amabilidad extrema. El Hermano Finuras era fino en la perfección del trabajo y en la amabilidad de las formas, o, expresado en profundidad, en la cordialidad del servicio. No se trataba de cortesía formal, de maneras afables, sino de cordialidad, en el sentido original de la palabra, de algo que salía del corazón.

Y con estas dos palabras, servicio cordial, se nos abre el camino hacia la clave interior de su eficacia y de sus finuras: Gárate está sirviendo a Dios, gozosamente, disfrutando más cuando el servicio es más exigente. Gárate es la personificación viva de la parábola del juicio final: si quisiéramos desvelar en una frase la esencia de su espiritualidad, esta frase sería «a mí me lo hicisteis», es decir, el resumen definitivo y perfecto del seguimiento de Jesús.

Y sin embargo, aún no hemos tocado el fondo. Incluso el cumplimiento exacto de este supremo mandamiento de Jesús puede ser solamente un cumplimiento, la observancia fiel de un precepto. No es así en Gárate, sino la expresión de un talante interior, que se manifiesta gozosamente en el servicio. Manifestación de un amor profundísimo, que no hace distinción entre el amor a Dios y a la gente, porque tampoco hace distinción entre el amor a sí mismo y al prójimo, encontrando la propia realización personal en la entrega que no distingue entre el padre y los hijos. El gozo de la presencia de Dios florece en el servicio

de manera tan espontánea que parece simplemente natural, fruto de un carácter servicial, cuando es ante todo manifestación de gracia, de la presencia del amor de Dios sentido habitualmente.

Esto lo descubrimos, llegamos a avistarlo fugazmente, cuando sorprendemos a Gárate en los escasísimos momentos en que la indiscreción o la casualidad nos permite entreabrir la puerta de su alma, los momentos en que sorprendemos su oración. La oración de Gárate se da en cuatro ambientes: en su cuartucho debajo de la escalera, en la capilla, en la portería y en los tránsitos de la universidad..., es decir en todos los lugares por donde discurre su vida. En su cuarto y en la capilla, frecuentemente con el rostro en tierra y los brazos extendidos. En la portería, rosario en mano. Y en los tránsitos, dirigiendo miradas y jaculatorias a las imágenes de María, de Jesús y de José. En resumen, oración de contacto con Dios a solas, en profunda abstracción de todo lo exterior, y oración de mantenimiento de la presencia de Dios por medio de recursos que quizás a algunos les hagan hoy sonreír.

Estos cuatro modos de oración nos indican sobradamente que la presencia de Dios y la comunicación con él son el ambiente en que se mueve Gárate en el trabajo, en el ocio, en el descanso, de día y de noche. Constantemente, pero sin esfuerzo. La presencia de Dios es un sentimiento gozoso, plenificante. Para quien se siente querido por Dios no hay nada más gozoso que la oración, y nada hay que pueda apartarle de ella.

Mucho nos gustaría descubrir cómo llegó Francisco Gárate a este gozoso sentimiento permanente de la presencia de Dios, pero lo más íntimo del corazón de Gárate nos está vedado. No tenemos ni un apunte, ni una confidencia, nada que nos permita asomarnos a su intimidad religiosa más profunda. Tenemos acceso solamente a lo que algunos pudieron atisbar, es decir, a las consecuencias de ese estado interior, que, como hemos visto, son dos, insolubles: la perfección en el servicio cordial y el contacto permanente con Dios. No deja de llamar la atención que, durante el proceso de beatificación, cuando preguntaban a los testigos si habían percibido algún progreso en la santidad de Gárate, todos respondan unánimemente que no, que lo vieron siempre exactamente igual. Pero los testigos lo son más bien de sus años de Deusto: ¿cómo fue el proceso desde que era un adolescente casherito en Errekarte?

Todo nació, presumiblemente, con la vocación a la vida religiosa. Disponemos de un fugaz testimonio acerca de esta vocación. Los candidatos a la Compañía solían —y continúa la costumbre— redactar una

especie de presentación autobiográfica; constaban en ella los datos principales de la propia biografía, de la familia, de los estudios tal vez realizados, y de las disposiciones con que solicitaba el ingreso en la Compañía. Para realizarla se les proponía un cuestionario. En estos documentos afirma Gárate:

«Empezó mi vocación hace tres años, y siempre he perseverado en ella». Teniendo en cuenta que este documento se firma el 2 de febrero de 1874, el mismo Gárate afirma que su vocación nació en 1871, es decir, cuando salió del caserío para ir a servir como criado en el colegio de Orduña. Praixku tiene entonces catorce años. Por tanto, la fuente de su vocación está en Errekarte.... ¿o quizá en los jesuitas de Loyola?

Cuando nació Praixku, Loyola contaba con una comunidad de jesuitas, que llegó a ser numerosa llegando a 143 en 1868 (año en que «la gloriosa» revolución que expulsó a Isabel II les obligó a abandonar Loyola). Nuestro pequeño los veía en las funciones de la basílica o cuando salían de paseo y, desde que tuvo edad para acudir a ellas, en las clases dominicales de catecismo que daban en la portería. Por indicios posteriores sabemos que entre ellos hubo uno que tuvo trato con los dos caseríos próximos al santuario, Katalangua y Errekarte: José Ignacio Arana, azcoitiano, figura singular y genio malogrado, gran conocedor de la lengua y cultura vascas, dotado de una enorme capacidad para hacerse amigos; una enfermedad le obligó a interrumpir sus estudios de teología y retirarse a Loyola, donde estuvo de 1865 a 1868, y donde trató con Praixku y Joshe Inashio.

También residía en Loyola hasta el año 1968, el padre Txomin Landa, vergarés, de 35 años, un hombre que era todo corazón, corazón juvenil y maduro de un hombre lleno de bondad y sensatez, al que encontrarán los dos casheros más tarde como rector de Orduña, donde supo crear un agradable ambiente de familia tanto en la comunidad de jesuitas como en el alumnado. Para Praixku Gárate y Joshe Inashio Bereciartúa iba a ser ahora y más tarde, un verdadero padre.

¿Fue esta la fuente de su vocación? Pienso que quizá influyó en ella, pero hay otra fuente más oculta y, en mi opinión, mucho más determinante. Patxi Gárate y Mari Batista Aranguren, sus padres.

Casheros arrendatarios salieron adelante con enorme trabajo y dejaron en todos un fuerte recuerdo de laboriosidad, honradez y piedad. Cuidaron de sus (muchos) hijos y de los (muchos) hijos de otros. Cuidaron de sus propios padres, sacaron adelante a la familia trabajando sin cesar, sin horas, sin vacaciones, sin reserva alguna: las vacas, las ovejas,

el maíz, la hierba, las patatas, los manzanos; cocinar, lavar, limpiar a los críos, alimentarlos, barrer ... ¿cómo llegaban a todo? Pues llegaban, y sin perder la sonrisa. y, además, más bien como motor de todo, daban gracias a Dios, oraban en cualquier ocasión y supieron transmitir a sus hijos su honradez y su piedad.

En cuanto a vida de piedad, lo primero que hacían los niños, nada más levantarse, era decir «Ave María Purísima» y lo último, antes de acostarse, recibir la bendición de sus padres haciéndoles la señal de la cruz en la mano y besándosela. Se rezaba el rosario todos los días, y la bendición y acción de gracias antes y después de las comidas. Los domingos la familia en pleno acudía a la misa mayor de la parroquia de Azpeitia y por la tarde a vísperas, además del Vía Crucis que se hacía en casa después de comer. Se observaban todas las prácticas que iba trayendo el calendario cristiano: las flores de mayo, y novenas de la Virgen, San José, San Antonio...

A los pobres que venían pidiendo limosna se les acogía con respeto y generosa caridad. Se les daba cama y comida, que allí estaba el «agure ataria» justamente enfrente de la cocina. Se les proporcionaba paja sobre la que acostarse, pero antes se les hacía pasar a la cocina para comer, generalmente borona o alubias, y siempre un humeante tazón de leche.

Fausto Garmendia, del caserío Zokin, albañil y carpintero, que solía hacer chapuzas en Errekarte y conocía bien a la familia, completa el cuadro con una pinclada que lo dice todo:

«Arrokeria gabeko etxea zen Errekarte. An ez zen iñor arro:
Errekarte era una casa sin altanerías. Allí nadie era orgulloso».

Siempre me ha asombrado cómo cabía aquel familión en los cinco reducidos cubículos de Errekarte. Por cierto que, sin contar con las cuadras, sabayaos y gambaras, la habitación más grande de la casa era el ya mencionado agure ataria, el espacio de la planta baja, entre la cocina y la cuadra, destinado a acoger a los mendigos sin abrigo.

Patxi y Mari Batista: de ellos hereda Praixku tanto la fe profunda, sencilla y básica, como los hábitos del honrado labrador, trabajador, íntegro, hogareño, fiel. «Praixku» parece heredar de ellos la quintaesencia de la honrada religiosidad, de la fe «espontánea», que anima todos los demás valores —tan profundos— de la vida del labrador. Una fe de absoluta solidez, manifestada en la honradez y la solidaridad con

todos, y mantenida en las mil y una devociones cotidianas y estacionales que convertían en permanente la presencia de Dios y la hacían sabrosa y personal.

Estos dos me parecen los puntales de la vocación de Gárate: la devota laboriosidad, cordial y humilde, y la impronta ignaciana que convirtió a Praixku en un modelo de contemplativo en la acción.

Muchísimas más cosas podríamos tratar en torno a la figura de este desapercibido hermano, cuya biografía parece a primera vista no dar de sí ni para cuatro páginas, pero que, contemplada desde la intimidad ofrece una riqueza apenas igualada por otros mucho más famosos. Pero nuestro tiempo es limitado, así que terminaré con unas consideraciones globales que me parecen imprescindibles.

Ante todo, la transmisión de la fe, eso que tan maravillosamente hicieron Patxi y Mari Batista y que nosotros, mucho mejor formados o informados, a duras penas logramos con nuestros hijos. Sabemos que la fe propiamente no se transmite, pues consiste en una adhesión a Jesús absolutamente personal. Pero Patxi y Mari Batista presentaban ante sus hijos una fe tan integrada y atrayente que hacía enteramente razonable el tránsito entre lo heredado y lo personal. Creo que contemplarlos puede ofrecernos elementos de reflexión sumamente válidos en este tema, para nosotros tan difícil, de la transmisión de la fe a la siguiente generación.

En segundo lugar: la vida espiritual de Gárate se mantenía, como hemos expuesto, además de en la oración y la Eucaristía, en continuas e ingenuas devociones: el rosario, las imágenes... Nosotros, personas mucho más cultas, las hemos abandonado como infantiles y medio supersticiosas. Pero hemos olvidado que eran mediaciones, elementales pero eficaces, que mantenían viva la presencia de Dios y la ternura de la religiosidad. Hicimos bien en abandonar las prácticas de niño cuando ya no fuimos niños, pero habremos de preguntarnos qué hábitos religiosos sustituyeron a esas prácticas infantiles, y si hemos alcanzado el nivel adulto de lo religioso: a todos se nos ha quedado pequeño el traje de la primera comunión, pero si no lo sustituimos por vestidos de adultos nos habremos quedado simplemente desnudos.

Y finalmente, acerca de las canonizaciones. Cuando se eleva a alguien a los altares, suele hacerse por diversas causas y variados motivos, tales como su fama en vida, la grandeza de su trabajo, hasta quizá el interés de algún grupo en hacerse famoso con su fama... El motivo fundamental debería ser, a mi entender, que todos nosotros

en la Iglesia dispongamos de ejemplos convincentes de cómo seguir a Jesús. Hay santos, Javier e Ignacio son dos de ellos, que se nos antojan inimitables, al menos en sus aspectos más espectaculares, y casi nos resultan inaccesibles. Pero Francisco Gárate es cercano, más aún, resulta ejemplar precisamente en aquella fisonomía espiritual de que más necesitan nuestros tiempos. Vivimos apesurados, con escasa atención a lo interior, alimentados por estímulos externos, exprimidos por la prisa, cargados de falsas necesidades, sin un minuto para nosotros mismos y mucho menos para la intimidad con Dios. Frente a esta imagen de nuestro diario apesuramiento, Francisco Gárate ofrece la de un hombre ocupadísimo, que llega a todo y más, y lo hace con extrema excelencia en lo realizado, con inquebrantable serenidad interior, y permanente y gozosa unión con Dios. Francisco Gárate es modelo perfecto para nosotros, los hombres y mujeres del siglo XXI, que vamos a gran velocidad sin saber adónde, amenazados por el vacío interior y el sin sentido de nuestras prisas.

Me atrevo a decir que, rodeado de tantos santos espectaculares y famosos, Javier, Loyola, Fabro, habiendo vivido entre tantos jesuitas importantes en la universidad de Deusto, celebrado en la imponente compañía de Pedro Arrupe, Francisco Gárate, es el más actual y más necesario de los santos, el que nos ofrece lo que más necesitamos: la intimidad con Dios y la radical excelencia en el servicio cotidiano.

El mismo Francisco de Javier podría corroborar esta afirmación. No puedo menos de recordar una preciosa escena de su vida. En Goa, año 1552, poco antes de partir para su último viaje a China, Javier daba pláticas a los fervorosos y entusiastas novicios, recién llegados del piadosísimo noviciado de Coimbra. Ardían en deseos de hacer cosas grandes por Jesucristo, predicar en tierras lejanas, arrostrar peligros incontables... Javier insistía en que, ante todo, «hay que ser grande en lo pequeño», es decir, que la prueba de fuego de una espiritualidad no consiste en soñar cosas grandes, sino en la calidad de lo cotidiano. Y aquí sí que Francisco Gárate fue —es— un maestro insuperable.

Ser grande en las cosas pequeñas es la especialidad de Francisco Gárate. Ser grande en las cosas pequeñas porque es grande su vida interior, su relación permanente con Dios. Lo demás sólo son consecuencias.

